

BIBLIOTECA NACIONAL



0441505



BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE.



Volúmenes de esta obra

9

Tabla en que se encuentra

87

Orden que en ella tiene

2

Indice.

1. Baile de fantasía de 24 de Setiembre.
2. Descripción del gran baile de fantasía del señor Víctor Echaurren V.
3. Dall'Argine.- Brahma.
4. Gualdi (Fco.) - Argucias amorosas.
5. " " Gómez el gordito.
6. " " Estella o sea la re-
vuelta de los esclavos.
7. Meilhac (Henry) y Ludovic Halévy.-
grande-duchesse de Gérolstein.
8. Arte de explicar los sueños.
9. Fernández M. (Ricardo) - El demonio
de la venganza.
10. Figueroa (Pedro P.) - Tradiciones y
leyendas.

EL

19/87-2

BAILE DE FANTASIA

COH 278

DE

EL 24 DE SETIEMBRE



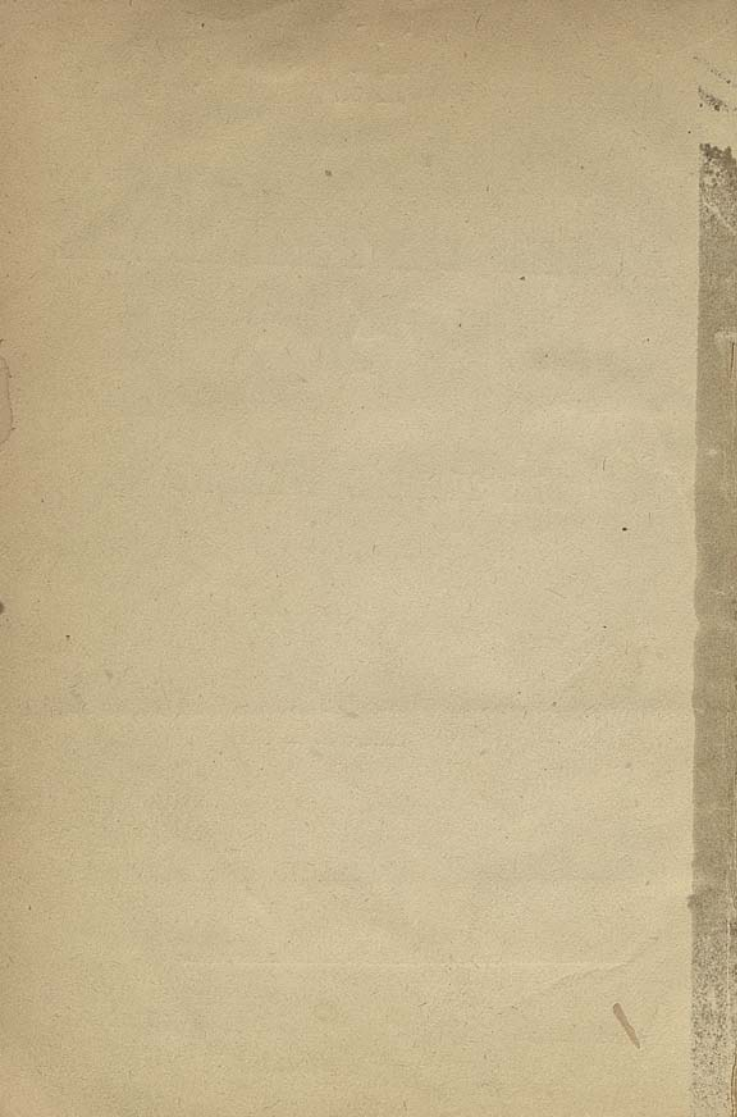
BBE 4884



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA DE "EL PROGRESO"

26 — VEINTIUNO DE MAYO — 26

1885





EL BAILE



No hay nada que indique mejor el estado de progreso material é intelectual de una sociedad como el espectáculo de un baile de fantasía, donde se exhiben á la par que la belleza y la opulencia, los gustos artísticos, los refinamientos de la riqueza y las galas de la imaginación. Allí quedan desterrados los caprichos casi siempre injustificables de la última moda que obliga á adoptar vestidos y adornos que, aunque no estén de acuerdo con las leyes de la estética, hay necesidad de usar en sociedad so pena de lesa infracción de sus reglas. En un baile de fantasía hay ancho campo para que cada cual consulte su ideal en materia de vestido y apropie éste á su carácter, á sus formas y aún á sus simpatías históricas, referentes á los pueblos, tipos y costumbres pasadas. Es pues un compendio de historia universal, en el que, á lo vivo, se ven mezcladas todas las civilizacio-

nes, todas las nacionalidades y todas las épocas.

Por esta razón una fiesta de esta especie celebrada en las altas clases sociales es siempre un acontecimiento aún en las grandes capitales europeas, y con justicia lo ha sido en Santiago con motivo de la que se dió el 24 del presente en la casa del señor don Víctor Echáurren Valero. Y valgan estas consideraciones para que no se tache de frivolidad el entrar á hacer de ella una descripción minuciosa como las circunstancias lo permiten; al ménos quedará en estas páginas un recuerdo de este acontecimiento que consultarán con placer las familias que asistieron al baile, y aun las que por diversas circunstancias no concurrieron á él.

La casa del señor Echáurren, en la calle del Dieziocho, es uno de los más suntuosos palacios que adornan nuestra capital, y en la noche del 24 presentaba un golpe de vista digno de las descripciones de las *mil y una noches*. La luz eléctrica iluminaba con suaves resplandores las verjas del exterior donde se acumulaba un grupo numeroso de curiosos, los ámplios salones y los risueños jardines que rodean el edificio reflejando en los surtidores de caprichosas formas vivísimos cambiantes de luz y haciendo brillar como muros de dia-

mantes las estalactitas que irradiaban en las fuentes. Era realmente fantástico el aspecto de los jardines sobretodo el que queda á la espalda de la casa. Las avenidas estaban tapizadas de ricas alfombras; numerosos caloríferos entibiaban la atmósfera impregnada con el perfume de las flores, entre las que se destacaban artísticas estátuas que sostenian los focos de luz, y al lado se levantaba el elegante contorno del edificio en cuyo interior se oían los acordes de la música y se veían pasar los alegres grupos de los convidados.

Difícil y larga tarea seria describir con minuciosos detalles los numerosos salones de baile, el espléndido comedor y las habitaciones del piso segundo destinadas esclusivamente para el uso de las señoras. En todas partes se admiraba la dualidad de la opulenta sencillez y el delicado gusto. Panoplias de armas de todos los pueblos y edades, espejos de Venecia, esculturas de mármol de Carrara, cortinajes de gobelinos, platos flamencos, riquísimas colecciones de antigüedades, elegantes cariátides, porcelanas chinas y japonesas, broncees, cuadros y pinturas al fresco, obra de maestros renombrados, todo mostraba allí el delicado gusto artístico del dueño de la casa y recreaba la vista de los que saben apreciar los refinamientos del buen tono.

En cada uno de los salones habían juegos de muebles de diferentes estilos, desde los de

la época del Renacimiento hasta el mobiliario moderno, y en pocas veces se ha podido admirar una vajilla de cristalería más completa como la que lucía en el comedor.

La importuna lluvia que por desgracia cayó durante todo el día, impidió que la concurrencia pudiera recorrer las estensas avenidas del Parque, y apesar de que se había colocado una carpa formando un vasto salón en un espacio del jardín, el piso estaba algo húmedo para permanecer sobre él largo tiempo, no obstante lo cual fué visitado por todos. Llamaba especialmente la atención, sobre todo de los conoedores, el lujoso salón de pinturas, cuyo cielo adornaba un plafond que representaba el descubrimiento del Perú por Francisco Pizarro. Entre los cuadros se encontraban obras de pintores nacionales y europeos cuyos nombres son notables en el mundo del arte.

Desde las 10½ de la noche la calle del Dieziocho estaba llena de coches en la parte cercana á la casa del señor Echáurren y cada una de las familias invitadas penetraba hasta el vestíbulo, siendo de notar el orden de la colocación de los carruajes y la acucisidad de los guardianes de la policía, quienes los hacían colocar con el objeto de impedir las confusiones. A las 10½ de la noche se tocó el primer baile por

una de las tres orquestas que durante la fiesta ejecutaron escogidas piezas con rara maestría y de acuerdo con el siguiente programa, que lujosamente impreso fué repartido a los invitados:

- 1 Vals.
- 2 Cuadrillas.
- 3 Vals.
- 4 Vals.
- 5 Lanceros.
- 6 Vals.
- 7 Vals.
- 8 Cuadrillas.
- 9 Vals.
- 10 Vals.
- 11 Lanceros.
- 12 Vals.
- 13 Vals.
- 14 Cuadrillas.
- 15 Vals.
- 16 Cuadrillas.

Demás de los cuales se tocaron varios extra.

La señora Mercedes Herboso de Echáurren lucía un precioso traje que simbolizaba la bandera chilena; chaqueta de terciopelo azul, donde brillaba la estrella solitaria, pollera de terciopelo rojo cubierta en la parte superior de riquísimos encajes de Inglaterra. En la cabeza y el cuello brillaban hermosísimos diamantes que realzaban su donosura. Nuestro

pabellon que tantos triunfos ha alcanzado en los campos de batalla, obtuvo uno de distinto género en los aristocráticos salones del señor Echáurren, compitiendo con las hermosas galas con que ahí se realzó el esplendor de la belleza. Por lo demás la señora de Echáurren con exquisita cortesía hizo debidamente los honores de dueño de casa teniendo para cada uno de los invitados ya una frase galante, ya una benévola sonrisa.

La señora María Correa de Herboso llevaba traje de raso lacre cubierto de encajes negros de Chantilly, mantilla española y un hermoso peineton de carei. Simbolizaba la Cármen de Bizet con toda su gentileza é infinitos atractivos. Este mismo tipo era representado en el último acto de la célebre opera por la señora Amelia Echazarreta de Errázuriz.

Vestían de griegas las señoras Hiuci de Videla, Cármen Larraín de Eguigúren, las señoritas Javiera Ortúzar, Elena Ovalle, Carmela Lynch, Josefina y Laura Eguigúren: pantalón bombacho de raso blanco, polleras en algunas de raso blanco y otras de indianas cachemiras, adornada con profusión de perlas, realizando con éxito sorprendente el ideal amado de Byron, en la preciosa Haydée de su mejor poema.

Vestían reales vestidos las distinguidas señoras Julia Lynch de Ossa (Emperatriz Eujenia) en cuya persona veíase el aspecto intere-

sante y simpático del modelo rivalizando con su natural belleza y sus abundantes joyas; la señora Manuela Real de Azúa de Cerda de Isabel la Católica, igualando á su tipo en distinción y modales y superándola en el lujo de su traje de *grochet* y en la profusión deslumbrante de mil piedras de valor raro que reproducían la luz i la difundían; la preciosa y distinguida señora Elena Roberts de Correa, de real hermosura vestía traje de marquesa, de jénero chinesco y terciopelo azul, y su hermana, la señora Laura de Larrain llevaba vestido análogo, que hacía descollar sus facciones, formando con la señora Elena la constelación *Géminis* de aquel cielo deslumbrante.

Con elegantes vestidos de corte de diferentes épocas y todos perfectamente caracterizados, tanto por el elegante corte como por la riqueza de las telas y las preciosas joyas que las adornaban, iban las señoras Javiera Clark de Vergara Albano, Carolina Iñiguez de Pereira, María Ignacia Iñiguez de De Putrón, Clotilde Iñiguez de Alamos, Lucrecia Correa de Vicuña, y las señoritas Marta Larraín y María Mercedes Eguigúren.

Caracterizando á María de Médicis con su histórica distinción y sus lujosos atavíos figuraban las señoras Mercedes Sánchez de Arnolds y Virginia Cerda de Izquierdo; la una con trage de terciopelo azul y la otra con raso de color; el simpático tipo de María Antonie-

ta, la desgraciada mujer de Luis XVI, tan notable por su infortunio como por su mérito, fué interpretada por la señora Celia Besa de Sánchez, quien llevaba los adornos característicos; y la señora Teresa Vicuña de Sánchez ostentaba un magnífico vestido de Reina de Francia con el lujo que acostumbran las soberanas de aquella faustuosa corte, y la señora Teresa Echáurren de Carrasco, de María Stuardo.

La señora Isabel Cazotte de Echeverría vestía precioso trage de raso, esmaltado de perlas y diamantes que también adornaban su cabeza, realzando dignamente la galanura de la persona y la belleza de su fisonomía.

La señora Rosario Montt de Sáenz vestía precioso trage de Princesa india; pollera de terciopelo rojo, bajo túnica de *grochet* blanco, adornada de galones y flecos de oro, y cruzada por banda roja adherida por piochas de brillantes que lucían también en el cuello y en la espléndida diadema que daba magestad real á su belleza y atractivos.

No nos es posible dejar de nombrar á las hermosas y distinguidas señoras que componen lo más selecto de nuestra sociedad por su posición y virtudes; señoras que son noble orgullo para los chilenos y modelos de esposas y madres en nuestros hogares.

Aunque no llevaran trajes que representasen épocas que fuesen creaciones del arte ó

la mitología ostentaban en cambio soberbios trajes, deslumbrantes pedrerías y rivalizaban con esa pléyade de mariposas por sus encantos y hermosura. La belleza de la mujer chilena es legendaria y sería gravísima falta no recordar estos astros que conservan todavía sus mejores resplandores:

Mariana Ovalle de Pérez.
Eduvijas Vicuña de Ossa.
Señora Herz de Eyzaguirre.
Señora de Miers Cox.
Mercedes Santander de Duval.
Emilia Santa María de Sánchez.
Catalina Toro de Larrain Prieto.
Rafaela González v. de Orrego.
Luisa Amunátegui de Matte.
Señora Gutiérrez de Huidobro.
Luisa Solar de Reyes.
Señora de Salazar.
Loreto Iñiguez de Ovalle.
Victoria Subercaseaux de Vicuña.
Perpetua Valero de Eguiguren.
Adelia Varela de Valderrama.
Concepción García de Lamas.
Carolina Zañartu de Larrain.
Carmela Búlnes de Ortúzar.
Señora Solar v. de Lynch.
Señora Campbell de Zegers.
Señora Ossa de Baeza.
Mercedes Alvarez de Vergara.

Matilde Bello de Lamarca.
Milagro Masenlli de Sánchez.
Tilia Eastman de Mandiola.
Josefina Rondizzoni de Ibañez.
Carmen Urbistondo de Lavanderos.
Constanza Herboso de Agüero.
Josefa Bascuñan de Ovalle.
Amelia Orrego de Echáurren.
Ignacia Cavareda de Eyzaguirre.
Rebeca Echáurren de Rodríguez.
Teresa Eyzaguirre de Hurtado.
Virginia Santa María de Montes.
Irene Talavera de Cerda.

Una preciosa hada discurría sembrando admiración por todos los salones y jugando con la luz eléctrica brillante sobre su gentil cabeza: la señorita Inés Pérez, tipo de belleza juvenil y de gracia, envolvía su persona en rico vestido blanco de raso, y al rededor de la luz ya nombrada, lucían perlas que en largos collares caían sobre su cuello, haciendo el marco de su rostro bellísimo.

La señorita Manuela Herboso España escogió con delicado gusto un risueño vestido de *Aurora* apropiado á sus escasos años y á su belleza sanrosada y fresca, en él se veían esparcidos aquí y allá sobre fondo azul turquí lucientes estrellas de plata.

El difícil traje de gitana, manola y damas andaluzas estaba muy bien caracterizado por

las señoritas Rosa Urbistondo, Elena Baeza, Eugenia Correa, Lucía Concha, Rosa Córdoba, Teresa Clark, Manuela Salinas, quienes supieron elegir con delicado tino el traje apropiado á su belleza chispeante y al renombrado garbo andaluz. Grandes peinetones de carey, polleras cortas, chaquetillas de terciopelo y joyas alusivas al carácter coronaban estos vestidos.

Lucían trages egipcios las señoritas Rosa Eguigúren y Sara Valenzuela; de orientales Teresa Cazotte, Victoria Larraín Zañartu, Ana Echazarreta y Ana Ovalle Iñiguez; de Aida la señorita Sofía Valderrama y de esclava la señorita Carmela Grez Opazo; la viveza de los colores distintivos de sus trages, la riqueza de las joyas que los adornaban y sobretodo los mil atractivos de sus gracias juveniles hacían de ellas precioso ramillete de beldades.

Con el sencillo y elegante trage de romana iban las señoritas Primitiva Echeverría y Filomena Baeza. Sus vestidos flotantes y sus graciosos mantos hicieron recordar la *Adalgisa* de la afamada *Norma*, caracterizadas por tan gentiles doncellas.

Con traje blanco vaporoso, adornado la cabeza con plumas blancas, artísticas alas de paloma, y una carta sellada al cuello la señorita Blanca Vicuña simbolizaba una paloma mensajera. Su gracia infantil y la belleza de su fisonomía hicieron soñar á muchos la for-

tuna de recibir un mensaje que, traído por semejante persona, no puede ser sino de felicidad.

No menos interesantes estaban las señoritas Isabel Bello y Leonor Sanchez, vestidas de *magas*, cubierta la cabeza por largo bonete sobre el cual flotaba rosado velo sembrado de estrellas de oro, lo que daba á sus personas un aspecto fantástico é ideal. A su lado y caracterizando una preciosa *nereida* la señorita Cristina Correa, hacía admirar su airosa presencia y sus gracias juveniles.

Representando las artes, las señoritas Elena Costabal Campbell, vestia una alegoría hermosa de la pintura, y la señorita Celia Lavanderos la música; gemelas estas dos artes no pudieron encontrar mejores tipos que las distinguidas señoritas que las caracterizaban.

Los vestidos caprichosos cautivaban la atención por la originalidad de su alegoría y por su feliz realización; la señorita Leonor Orrego mostraba bajo la gracia y simpatía de su rostro una hermosa pajarera en que cien aves de vistoso plumaje jugueteaban bajo una red que semejaba los alambres de la jaula; la señorita Mercedes Cifuentes, de facciones tan bellas y puras, adornada de azul, y alada como los ángeles parecia verdadera *mariposa*; su hermana la señorita Lucrecia, tipo de la simpatía y del talento, daba mayor atractivo á su

persona con las llamas dibujadas sobre su vestido y que, para muchos, fueron quemantes lenguas de fuego; el *océano* con sus mil peces y sus verdes ondas cubría á la señorita Hor-tencia Lynch; á su lado, la gentil pescadora mostrábase en el juvenil aspecto de la señorita Delia Vergara; las riquezas del mar brillaban á los ojos de la concurrencia, en la perla que simbolizaba la señorita Mercedes Ibañez.

Algunos pueblos merecieron especial recuerdo: la señorita Elisa Freire llevaba con esquisita elegancia el traje de *napolitana*; la señorita Ester Sarratea, era el modelo de la *alsaciana* altiva y hermosa; Julia Cerda y Lucrecia Ahumada, la primera de *morisca* y la segunda de *cadete turco* transportaban con sus hechizos á la so-ñadora región de la media luna; Luisa Larrain, de *húngara*, lucía un aspecto magestuoso ba-sado en sus gracias juveniles; Lucía Larrain Zañartu, de reina de Lahore veíase predesti-nada á la magestad real, y con el modesto tí-tulo de aldeana rusa la señorita Cecilia Vicu-ña merecía general simpatía.

Las hermanas Mandiola Eastman fueron como siempre elegantes y atractivas: Enri-queta, de Mefistófeles, mostraba el poder su-perior del tipo, y Flora ostentaba en su vestido, en su abanico y sobre su cabeza, en graciosa corona, mil cartas de naípe que la daban el nombre de *agorera*. La señorita Rosa Ovalle, de cielo estrellado, no parecía de fantasía: tan

natural es en ella el aspecto celestial, y la señorita Emma, su hermana, de aldeana, era la muestra evidente de su modestia, marco en que brilla su juvenil belleza.

La mitología griega alcanzó triunfo en consorcio; la señorita Julia Lynch Solar, verdadera Venus, mostrábase de Diana cazadora, adornada de su arco y provista de flechas en aterciopelado carcaj. Transportaba al Olimpo y cuántos lloran su condición humana. . . .

La madre patria obtuvo precioso homenaje en la *dama española* caracterizada por la señorita Lucía Concha; y entre las donairosas militares que alejaban la paz de los corazones, distinguíase la *húngara*, señorita Elena Sanchez Santa María.

Grata sorpresa fué para la concurrencia un lindo *incroyable*: era la señorita Leonor Herz cuyo traje varonil no disimulaba las mil gracias de su fisonomía. Y por todo este concierto de hermosura y juventud vagaban algunas originalidades: un *gato*, gracioso traje de la simpática porteña Mennie Laurence; dos *locuras*, inquietas y juguetonas, María Luisa Ossa y Ester Tuñón difundían los desvaríos de su tipo.

Las señoritas Rosa y Elena Sánchez Masenlli, la primera de botón de rosa se mostraba seductora con su traje de pétalos de esta reina de los jardines, y la segunda realzaba su belleza con un precioso traje de húngara.

Una hermosa pitonisa nos hizo recordar el templo de Delfos y sus envidiables profesías al contemplar á la señorita Elena Hurtado que inquietó á muchos sacerdotes con sus atractivos.

Una hermosa *alsaciana* abríase paso entre este mundo de flores, la señorita Victoria Luco.

Mas de un admirador quiso caer á los pies de la señorita Ester Carrasco vestida de cazadora, herido por uno de los dardos que lanzaba su carcaj.

La señorita Fidelia Bascuñán presentóse deslumbrante con su traje de *cantínera*; al divisar su porte sencillo, y su artístico traje, al contemplar su jentileza y donaire, nadie temió enrolarse en el regimiento de que élla formara parte: cualquiera se batiría valientemente por ella y por la patria.

La señorita Josefina Larraín vestía sencillo y primoroso traje de *napolitana*, parecía que de cada uno de sus ojos desprendíase una llamarada del Vesubio.

Un magnífico traje de Merveilleusse lucía la señorita Julia Eyzaguirre que aumentaba sus simpatías y hechizos.

Terminada la lista de las señoritas acreedoras a la general admiración y dueñas de todas las miradas, apénas podemos apuntar los nombres de los jóvenes y de sus trajes. Ellos perdonarán nuestra brevedad: sus elogios no nos

pertenecen, del propio modo que nos ha competido el de las señoritas.

Llamaban especialmente la atención por su capricho los señores Cárlos T. Robinet, chistoso y original bajo la capa de *mandarin chino*, que atraía con fuerza irresistible las miradas de ambos sexos; y el señor Jorge Phillips, de sir Douglas, imitado á la perfección, y que, según creemos, mejoró el original.

Un altivo *Nelusko* mostrábase en la persona del señor Marcial Guzmán; Alfredo Echáurren, elegante paje del Baile de Máscaras; Carlos Concha, Armando Valdes, Eduardo Grez Opasso, Gonzalo Montt, Enrique del Campo, Emilio Reyes Echáurren, con vistosos y variados trajes de toreros, que apesar del mismo estilo, diferían por sus colores; Teófilo Cerda, marqués de Campo Fido, Samuel Cerda de Napoleón III, Ruperto Cerda, traje de la época de Cárlos V; Miguel Luis Amunátegui Reyces, de corte, Domingo Amunátegui Rivera, noruego.

Asistieron los diplomáticos extranjeros vestidos con rigurosos trajes de corte, señores:

Williams Roberts, Ministro de los Estados Unidos.

Cárlos Sáenz Echeverría, Encargado de Negocios de Colombia.

Jeneral Salazar, Ministro del Ecuador.

Luis Salinas Vega, Encargado de Negocios de Bolivia.

Werneck Ribeiro de Aguilar, Encargado de Negocios del Imperio del Brasil.

Enrique Vallés, Ministro de España.

Carlos Wiener, árbitro del Gobierno de Francia ante el Tribunal Internacional.

M. Cottu, secretario de la Legacion francesa.

Gregorio Amunátegui y Benjamin Errázuriz, condes de Nevers; Rafael Vergara Montt, príncipe austriaco; Enrique Vergara Montt, increíble; Aníbal Vergara, paje; Santiago Montt, napolitano; Valentin del Campo, capitán de guardias austriacas.

Alejandro Cbrorss, traje de diplomático.

Cárlos Vergara Clark, con elegante traje de Duque de Nemours.

Aníbal Cruz, Juan E. Vega y Vicente Arlegui, con raros trajes que mostraban el contraste del día y de la noche.

Samuel Rodriguez tuvo el buen capricho de representar al cable submarino.

Fernando Chaigneau con espléndido vestido de Dux.

Cárlos Ovalle, representando á Francisco II.

Florencio Correa, César Ovalle, Cárlos Armstrong y Manuel Campino, con las vistas redes de pescador.

Patricio Aldunate, vestido de musulmán.

Manuel María Aldunate, como embajador de la Turquía.

Lorenzo Montt, con sencillo y elegante traje de Masaniello que hacía recordar á los famosos lazzaroni.

Enrique Linch, imitando al Dios Mercurio.

Esteban Errázuriz, de Araby-Bajá.

Federico Perez, oficial de la guardia de Luis XVI.

Victor Manuel Prieto, caracterizó admirablemente á Napoleón I.

Agustin Tagle Montt, duque de Mántua.

Guillermo Pinto Agüero, de Juan de Leyden.

Andres Graña, gentil-hombre de la corte de Enrique II.

Elías de la Cruz, de Hamlet.

Cárlos Campbell Vicuña, de César Borgia.

Jorge Valdivieso, de paje.

Luis Vicuña, Duque de Morny.

Manuel Lecaros, representando al justamente célebre estudiante de Salamanca.

Emilio Rojas Magallanes, vestido de Vasco de Gama.

Patricio Ossa Vicuña, de marqués de la corte Luis XIV.

Samuel Izquierdo, vestía á la usanza de la corte de Luis XVI.

Manuel Saavedra, traje de la época de Enrique IV.

Ricardo Lecaros, de mosquetero.

Federico Scott, con traje de madggyar.

Miguel Prado, con un pintoresco traje de veneciano.

Ricardo Costabal Campbell, marinero francés.

Domingo A. Izquierdo, imitando la creación de Zorrilla de Juan Tenorio.

Eduardo Ovalle, con un valioso traje de conde de Luna.

Hernán Sánchez, vestido de Hernani.

Vestían trajes diplomáticos, Alberto Arteaga, Alfredo Infante, Juan E. Infante, Federico Maturana, Santiago Guzmán, Manuel Freire, José María Pinto, Luis Fontecilla, Elías Balmaceda y Francisco R. Martínez.

Rafael Riesco, de estudiante alemán.

Ricardo Reyes, de increíble.

Alberto Gormaz, representando á un cuestor.

César Vicuña, caballero de la época de Luis XV.

Cárlos Sánchez Cruz, con vistoso traje de pirata escocés.

Domingo Peña Toro, de increíble.

Tomás Vergara, de aldeano.

Javier Porto Seguro, de shah de Persia.

Luis Orrego Luco, con elegante traje de Cárlos de Austria.

Federico Pinto, de húsar austriaco.

Carlos Vidal, de Enrique III.

Alejandro Fierro Carrera, con traje de tártaro.

Ruperto Vergara Búlnes, vestido de marqués.

Fernando de Vic Tupper, Fígaro.

Estanislao Valdivieso, Aladino.

Fernando Edwards, guardia escocesa.

Luis A. Guerrero, caballero de la corte de Francisco I.

Ricardo Aristía Pinto, de Ruy Blas.

Julio Salinas, vestido según la órden de la Jarretera.

Carlos Rios González, Templario.

Ismael Alcalde, príncipe Carlos IV.

Eduardo Guerrero Bascuñan y Víctor Prieto, Duques de Joyeuse.

Mariano Aristía, vestido con el traje del famoso Mosquetero d'Artagnán.

Luis Zañartu, caballero de la corte de Enrique IV.

Ernesto Molina, con lujoso traje de bajá.

Emilio Bello, con rico traje turco.

Fernando Gandarillas, de Vasco de Gama.

Augusto Gubler, corte de Enrique II.

Arturo Cousiño, corte de Luis XIV.

Florencio Valdés, de cazador.

José Manuel Borgoño, jentil hombre de la época de Luis XV.

Carlos de la Fuente, vestía de novio del siglo XV.

Joaquín Figueróa, caballero de la Orden de Santiago.

Jenaro Donoso, turco.

Enrique Echazarreta, Mefistófiles.

Francisco Gutierrez, Cupido, dios del amor.

Ramón Vicuña, vistiendo el traje de novio del directorio.

Eduardo Valdés, marqués.

Alberto Gormaz, general austriaco.

Joaquín Eyzaguirre, de corsario.

Con trajes de corte á más de los nombrados iban los señores:

Juvenal Ocampo.

Santiago Saldívar Lynch.

Manuel Loreret.

Luis Matta.

Señor Cipriani, abogado del gobierno italiano ante los tribunales arbitrales.

J. Alberto Bravo.

Ricardo Cruz Coke.

Guillermo Carvallo.

Javier Reyes.

Edmundo Borcosque.

Guillermo Amunátegui.

J. Larieux.

Juan Luis Sanfuentes, corte inglesa.

Juan S. Eyzaguirre.

Vestía uniforme de oficial alemán Fernando García Huidobro.

Juan Ignacio Espiñeira, húsar de la muerte.

Rafael Reyes, duque de Guisa.

Alberto Tesche, Buckingham.

Agustín Gana

Juan J. Manzano, representando al pintor Rubens.

Ignacio Montaner, increíble.

Horacio Calvo, con lujoso traje de moro.

Juan E. Alcalde, con elegante traje de guardia de la reina.

Enrique Calvo, de Francisco I.

Adolfo Ortúzar Búlnes, trovador francés.

Ricardo Lyon, con ricos vestidos de paje.

Emiliano Figueroa, paje de la época de Carlos V.

Luis Roberts, de pescador.

Mariano Melo Egaña, de jeneral Lafayette.

Enrique Cerda, marino.

Eduardo Suarez Mujica, Felipe II.

Hernán Echeverría, convencional.

Samuel Antunez, de Salustio de Bazán.

Nemecio Dávila Baeza, Alfonso XII.

Domingo Echeverría, Enrique IV.

Enrique Larrain, árabe.

José Manuel Larrain, pescador.

Fernando Márquez de la Plata, embajador.

Carlos Valdes, caballero de la corte de Francisco I.

Alejo Santelices, caballero español.

Carlos Muñoz,, Barbero de Sevilla.

Carlos Zañartu, majo español.

Pedro Herzl, oficial de Legación.

Salvador Ruiz Tagle, mosquetero.

Eugenio R, Ossa, vestía uniforme de general ruso, cargado de valiosas condecoraciones.

César Covarrubias, con traje de condado alemán.

Daniel Covarrubias, con el gran traje de Sebastian de Portugal.

Luis Fernandez, vestía un buen traje de romancero.

Enrique Santelices, marqués de Luis XV.

Javier Larraín, diplomático.

Julio Alemany, caballero ruso.

Manuel Garfias, marqués.

Guillermo Reyes, Vasco de Gama.

Recaredo Lamas, Carlos VII.

Alberto Guerrero Bascuñán, corte de Francisco II.

Carlos Lamas, Felipe II.

Alberto Correa Sanfuentes, caballero de la Edad Media.

G. F. Hauson, coracero inglés.

Leopoldo Valenzuela, caballero de Enrique III.

Domingo Monery, traje de corte Luis XVI.

Juan de la Cruz Díaz y Pío 2º Troncoso, caracterizando á la perfección á Gíl Blas de Santillana.

Manuel Fuenzalída, traje de la Edad Media.

Ygnacio Fuenzalída, mosquetero.

Demás de estos jóvenes, asistieron numerosos caballeros de lo mas distinguido por su posición social, talento y fortuna.

Literatos, políticos, hombres de Gobierno,

distinguidos representantes de la prensa, senadores, diputados y ministros de Estado.

Una multitud de tapadas y de curiosos miraban al través de las brillantes vidrieras y por entre las ricas perianas el mas réjio baile de que ha disfrutado este año la sociedad de Santiago.

Generalmente, en toda reunion de numerosa concurrencia, en los primeros momentos reina cierta frialdad, cierto estiramiento forzoso, que naturalmente perjudica la expansión de la alegría. Y la razón se comprende facilmente: aunque los invitados pertenezcan al mismo círculo social, es imposible que entre todos existan relaciones de intimidad, máxime en una sociedad que por desgracia está tan repartida como la nuestra. Pero esto no sucedió en el baile del señor Echáurren. Aunque en el comienzo reinó la etiqueta de buen tono, tan distante de la seriedad exajerada como de la llaneza de maneras, la naturaleza de la función, la variedad de los trajes que excitaba la curiosidad, y lo pintoresco del conjunto, influyeron para que, desde las diez y media de la noche hasta las seis de la mañana, no decayeran un instante ni el contento ni la animación.

Y no podía ser de otra manera: la fiesta ofrecía espectáculos para todos los gustos y atractivos para todas las edades. Los jóvenes encontraron en ella un espléndido conjunto de

bellezas que rara vez se ven reunidas en Santiago; los artistas pudieron admirar variados y risueños cuadros que ostentaban á lo vivo la variedad del colorido y la hermosura de la forma, y al pensador que sabe apreciar los contrastes, y no se limita á contemplar superficialmente las cosas, se le ofrecio un dilatado campo de observación.

Aquí Isabel la Católica departía amigablemente con un elegante Boabdil, quien, con seguridad en aquel momento no pensaba que la altiva soberana le había arrancado la preciada corona” que tuvo que llevar como mujer ya que no pudo defender como hombre”; allí un elegante torero conducía de brazo á María de Médicis, la orgullosa Florentina; no lejos una chispeante locura de dieziseis años paseaba al lado de un caballero de la austera y tétrica corte de Felipe II; Norma, la sacerdotisa druida comprometía un valse con el “cable trasatlántico”; Diana cazadora recibía los respetos de Mefistófeles; la africana conversaba con un lazzaroni napolitano; la luz eléctrica, última palabra del progreso moderno iba al lado del Dios Mercurio, fabuloso mensajero del Olimpo caido; una princesa oriental estaba sentada al lado de un pescador y de una aldeana, y Diosas y Nereidas, Hadas y Ondinas, se confundían con gitanas y molineras, en un concierto hermoso de fraternidad universal. La fábula y la historia, la espada y la toga, las

generaciones pasadas y las presentes y los pueblos de todos los países se veían allí confundidos como en otra torre de Babel, pero todos alegres, todos animados y hablando todos el mismo lenguaje de corazón.

Pero la orquesta preludia un valse; cada joven busca afanoso su pareja, y á los vivos acordes de la música se lanza en cadencioso torbellino toda aquella alegre juventud. Caballeros y damas de todas las cortes, príncipes y soldados, cristianos, budistas, ejiptios y musulmanes, á todos enlaza la cadena de la alegría, todos disfrutan del placer de un mismo instante. ¿No es este conjunto una hermosa alegoría de la humanidad? Con diferentes nacionalidades y costumbres, separados por la tiranía de la distancia y por las diferencias de razas y de religiones, el europeo y el oriental, el asiático y el americano, se confunden para rendir culto á la belleza que es la armonía de las formas, como la música la armonía de los acentos.

Un baile de fantasía, como lo habíamos dicho al principio, es una lección objetiva de historia; en él se reviven las costumbres del pasado, y dentro de algunos años, en que aun no se sabe qué forma de vestido reserve al hombre la caprichosa moda del porvenir, el *colero* alto, la levita abrochada, ó el pantalón largo de nuestro siglo, llamarán la atención en fiestas semejantes, como hoy la peluca á la

Luis XIV, ó las golas del tiempo de Enrique III.

Difícil seria el entrar á discernir la corona de la belleza ó de la elegancia, entre las numerosas señoras y señoritas que solemnizaron el baile del señor Echáurren; bástenos decir que no habia una sola mal vestida, y que todas rivalizaban en el buen gusto de sus trajes y la riqueza de las joyas. Allí había morenas chispeantes, de ojos de fuego, boca sonrosada, y cabellera negra; románticas beldades de ojos azules y soñadores; tipos griegos, romanos y circasianos, y entre aquel fresco ramillete de flores se encontraban los ideales de los mas refinados y caprichosos gustos.

Pero no queremos concluir sin decir dos palabras sobre la esquisita galantería del dueño de la casa. No contento con dar en ella cita á la elegante sociedad santiaguina, con gastar injentes sumas en la espléndida decoración, y en el esmerado servicio, el señor Echáurren multiplicaba sus atenciones, y ya obsequiando á las señoras, ya á los caballeros, se le encontraba en todas partes.

Réstanos solamente hacer una lijera observación económica sobre la fiesta. Si en ella pasaron los invitados una noche feliz, á muchas familias pobres, proporcionó un alivio en su miseria. Obreros de toda especie, jardineros, arquitectos, modistas y costureras, á todas dió mas de un mes de labor. No fué, pues,

una diversión egoista, y bien puede decirse que en ella tuvieron participación tanto el opulento rentista que lucía su riqueza, como el humilde artesano que obtuvo con ella abundante y bien remunerado trabajo.

Que fiestas de esta especie se repitan para bien de todos, y propendiendo á animar nuestra sociedad generalmente apática, estrechando los vínculos de amistad de las familias. Tal es nuestro deseo, y estamos seguros que lo será igualmente de la culta sociedad de Santiago.





1 Libro
9 Fallets

-10-
5

